

EL

# PROGRESISTA

«Periódico político, de Literatura, Comercial, Agrícola, de Variedades y Anuncios»

**CONDICIONES:**

Saldrá a la luz todos los sábados y se enviará a domicilio.

**PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:**

Por cada cuatro números 25 centavos <sup>1</sup>/<sub>7</sub> pago adelantado.

Por un trimestre adelantado..... \$ 0 60

Por un semestre adelantado..... „ 1 00

Por un año adelantado..... „ 1 75

Números del día, 6 centavos.—Números atrasados, 10 centavos.

DIRECTOR Y EDITOR,

JUAN B. TIJERINA.

**CONDICIONES:**

Los remitidos de interés general se insertarán gratis, y los de particular á precios convencionales.

**AVISOS:**

Precios convencionales, siendo el pago precisamente adelantado.

**Registrado como artículo de segunda clase.**

## EL JUEGO Y SUS EFECTOS DESASTROSOS.

¿Veis aquel sugeto de rostro cavérico y macilento en el que claramente se ven impresas las señales de una constante vigilia, y en cuya mirada se lee algo como una preocupación perpetua, como si su espíritu fuera presa de una idea tiránica ó de una obsesión perenne? ¿Lo veis detenerse de súbito, gesticular como un loco, entablar largos monólogos, y por fin darse una palmada en la frente y exclamar entre dientes: la he encontrado, como el célebre filósofo? Es el jugador, es decir, es un sér que se encuentra, por decirlo así, fuera de la sociedad, y que dominado por completo por la pasión despótica del juego, todas sus aspiraciones, sus placeres, su ocupación, su destino, su vida en fin, están vinculados en esta sola palabra: jugar.

Contempladlo de noche en el garito: sus ojos no se apartan del tapete como si éste ejerciera atracción irresistible en sus miradas; convulsivo temblor agita sus labios, y con el corazón palpitante arroja en una carta el mezquino salario que debería servir para el sustento de su familia. El montero comienza lentamente á correr las cartas, y él entre tanto fluctuando entre el temor y la esperanza, contempla la fatal carpeta con las pupilas inmóviles y azoradas, cual si viera abierto á sus pies un abismo. Si la fortuna le sonrío, ved como su rostro se ilumina con la expresión del triunfo; y confiado en su buena estrella, arroja todo su caudal en una sola apuesta; pero he aquí que la fortuna le vuelve la espalda; entonces el vértigo se apodera de él; pide, importuna, ruega á todo el

mundo para que le proporcione algunas monedas y ver si de este modo encuentra el desquite: conmovido alguien por sus lamentaciones, y en la inteligencia de que se trata de socorrer una verdadera necesidad, le da algún dinero, y el jugador, haciendo castillos en el aire y con la perspectiva de la ganancia, pues cree firmemente que en esta vez le será favorable el dios azar, vuelve á tentar á la suerte; pero ésta le vuelve siempre el rostro y pierde el infeliz hasta el último centavo. En tal situación, ¿qué pluma habrá que pueda describir con toda su espantosa realidad todo el dolor, toda la desesperación que agitan el alma del desventurado?

Lánzase á la calle. ¿Qué va á hacer, qué va á buscar? Ni él mismo lo sabe; con la frente sudorosa, con el corazón lleno de amargura, recorre una y otra calle como si en esto quisiera encontrar un lenitivo al tormento que lo embarga. Detiéndose de repente como iluminado por una idea súbita, y se dirige á la casa de uno de sus amigos que con el sudor de su frente apenas gana lo necesario para el sustento de su familia: llega, háblale, lo engaña miserablemente, diciéndole le ayude con algo para comprar pan para sus hijos; el otro, conmovido, parte con él sus mezquinos recursos, y el jugador entonces en vez de dirigirse á su casa, llevando algún sustento á su hambrienta familia, sin detenerse un momento, sin vacilación de ninguna especie, y con la decisión propia de un hombre que va á cumplir con un sagrado deber, vuelve al garito, la suerte le es contraria, y pierde esta vez como las anteriores.

¡Ay! no esperéis entonces ver en ese sér los caracteres de la racionalidad; ha desaparecido el hombre para dejar lugar á la fiera; el demonio del juego se ha apoderado de él, y no lo dejará tan fácilmente. La sima vertiginosa lo atrae, y la caída es inevitable. No le habléis en esos momentos del honor, del deber, de la honradez, porque no os comprendería; son para él palabras vacías de

sentido; en su cerebro, en su corazón, en todo su sér no vibra más que esta palabra: el juego. Todo lo absorbe para él esa pasión avasalladora, y diera en aquel instante la sangre de sus venas por unas cuantas monedas para arrojarlas nuevamente al tapete. Y en tanto su pobre esposa y sus desventurados hijos espéranlo con ansia, pues el hambre los devora y no tienen un pedazo de pan que llevar á sus labios. Macilentos y haraposos, agrúpanse en torno de la que les dió el ser manifestando en la mirada de sus ojos todo el sufrimiento que los tortura; y no hay lenguaje que pueda pintar con todos sus negros colores aquel tristísimo cuadro.

Y el padre en tanto subyugado por su pasión criminal, se olvida hasta de que tiene una familia, y de que esta familia carece de sustento; olvídase hasta de sí propio para rendir culto incondicional á ese dios de las tinieblas que se llama el juego. En aras de esa deidad implacable lo sacrifica todo: honor, familia, dignidad, conciencia y alma.

Camina hacia el abismo de su perdición como impulsado por un vértigo irresistible y en vano procuraréis detenerlo; antes volverían los ríos á sus fuentes que él al sendero del deber y de la virtud. Ha llegado á un punto en que no es posible retroceder; los resortes de su voluntad están completamente relajados; no hay bajeza que no esté dispuesto á cometer, ni delito que no sea capaz de consumir, y si mañana en los anales de la criminalidad encontrais la relación de uno de esos hechos horribles que hacen erizarse los cabellos, y de que él haya sido autor, no lo extrañéis, porque eso no será sino una consecuencia lógica, un resultado inevitable de la repugnante pasión del juego.

Acaso pensará alguno que hay exageración en lo que acabamos de decir; pero ahí está la experiencia de todos los días para demostrar que el cuadro que acabamos de trazar es de una terrible y espantosa realidad.

## LA SOCIEDAD, y cómo debería proceder.

¿Qué es la sociedad? Esta pregunta la hemos oído repetir con no escasa frecuencia, sin que hayamos podido conocer la respuesta. Y ahora que nos toca ocuparnos de resolverla, lo haremos teniendo en cuenta las opiniones de inteligentes y profundos pensadores que han escrito sobre el particular, vertiendo en sus obras un gran acopio de argumentos y una importantísima dosis de sabiduría.

La sociedad, según se afirma por notables autores, no es otra cosa que un nombre colectivo que designa determinado número de individuos. Luego, discutiendo sobre esto, podemos decir que toda sociedad será tan buena, tan moral, tan ilustrada, tan benéfica, como lo sean en particular las partes constitutivas de la colectividad; si esas partes no son idóneas, si no poseen más que escasos atributos que las distinguan por su bondad, no podrán en su conjunto proporcionar aquello de que carecen, porque el hombre, el individuo aisladamente ó formando grupo, sólo es susceptible de desprenderse de una parte de lo que posee, pero aquel que nada tiene, nada tampoco puede dar, ni nada tampoco se le puede exigir.

De lo anteriormente expuesto se deduce como una consecuencia lógica, que la sociedad cuyos elementos carecen de todo, ó en parte, de algo que es necesario é indispensable para satisfacer las exigencias de los asociados, no podrá por más que lo quiera, realizar el bien en la escala que sería de desearse, porque le faltan condiciones apropiadas para ello; y esas condiciones no se logran adquirirlas de momento, sino que son el fruto de elementos que se han ido elaborando paulatinamente en el modo de ser de cada individuo, por virtud del desarrollo del espíritu que contribuye mucho á modificar los sentimientos, á levantar el carácter y á hacer conocer cómo y en qué forma se han de procurar los



bienes, así como en cuánto ó en qué escala se ha de contribuir á ello.

Por eso es muy común que si la sociedad lleva en su seno el germen del vicio, de la disolución, aun cuando haya algunos de sus miembros que combatan con razones y argumentos indiscutibles la existencia ó la tolerancia de tales focos infectos, el resto de esa sociedad acostumbrado á lucrar con la inmoralidad, responderá á los argumentos y á las razones empleadas para destruir el mal, levantar las conciencias al cumplimiento del deber y de la virtud, creando nuevas charcas en que vayan á abreviar los que se hallan habituados á vivir encenagados en los vicios, y abriendo, como es natural, las puertas de ese templo inmundo á la juventud, que ávida de goces, deseosa de conocer lo que no ha podido todavía descubrir, se lanza precipitada y sin cálculo al abismo. Y la sociedad que de esa manera se conduce, ¿podría llamarse culta? No, de ningún modo, porque la cultura significa ilustración y sólo donde ésta falta, ó apenas es conocida, es donde se abren las puertas á la disolución, á lo que es inmoral, á lo que destruye ó aniquila á los miembros de la colectividad.

Para conservar á la sociedad, para hacerla que prospere, para no dar lugar á que sucumba gangrenada por el hálito corruptor é infecto de los vicios, necesitase que sus miembros, que los asociados cumplan con las obligaciones que les impone la moral, den señales de que forman un todo concreto, pues de lo contrario los trabajos de unos serán destruidos por los otros, y de esa suerte se retardará por más tiempo el logro del bienestar que se persigue, que debe ser el punto de mira, aun de aquellos que, en su afán de inicuca explotación, olvidan ó aparentan olvidar sus deberes como partes integrantes del cuerpo social.

Si la cultura fuera motivo para desarrollar los vicios, si las sociedades aceptaran ciegamente esa teoría, entonces el mal quizá alcanzaría más extensas proporciones, y mayor sería el trabajo para destruir semejante preocupación; pero por fortuna pocos serán los que piensen de ese modo, pues la generalidad conviene en que el progreso de los pueblos degenera mucho, se retarda más, cuando los individuos abdican de sus deberes de trabajo material é intelectual en aras de la prostitución, que es la gangrena de la sociedad y que debe extirparse cualquiera que sea la forma en que se la presente, la máscara con que se la cubra el rostro, porque tras la utilidad de unos pocos brota el mal de muchos.

La sociedad para que merezca el dictado de buena, y para que llene su saludable misión, debe procurar impartir el bien. ¿De qué modo? Haciendo que la generalidad de sus miembros se levante á la altura que corresponde á sus propios deberes, nutriendo sus es-

píritus con benéficas enseñanzas, matando todo lo que infesta, degrada ó envilece al hombre. Sólo así podrá decirse que se esfuerza por dejar satisfechos los compromisos contraídos consigo misma; sólo así podrá manifestar que las partes de que se compone han satisfecho sus propias conciencias; hacer lo contrario, es faltar á las reglas, á la misión correctiva y noble que se le atribuye á la sociedad en sus altas funciones.

## ¿POR QUÉ?

Lloraba sin cesar, y por más que se procuraba averiguar el motivo no fué posible descubrirlo de pronto. A cada interrogación respondía aumentando el caudal de sus lágrimas y haciendo más prolongados sus sollozos.

Todos los asistentes se miraban con asombro; no hallaban á qué atribuir el origen de tan gran pesar, de tan inmenso duelo.

Algunos creían que la pérdida de su madre sería el motivo de aquel sentimiento que embargaba á la hermosa Emilia; otros suponían que tal vez habría desaparecido de la escena de la vida el autor de sus días; quienes decían que sin duda, alguno de sus hermanos sería el muerto; los de más allá murmuraban que podía ser uno de sus parientes más inmediatos, y en fin, en ese dédalo de conjeturas, no había quien acertara á comprender la verdadera causa de aquella terrible aflicción.

Las amigas de Emilia se encontraban agrupadas á su alrededor, pendientes de sus labios, pero sin saber tampoco de donde provenía el pesar, cual era su causa determinante, lo que las hacía sufrir aún más todavía, porque no podían intentar la forma conveniente y segura de consolar á la afligida criatura, convertida en una nueva Magdalena.

Así trascurrieron las horas y á medida que se deslizaba el tiempo crecía la curiosidad, encontrándose siempre con la infranqueable valla del silencio de Emilia, única que poseía la clave de sus sufrimientos, sin que hasta entonces pronunciara ni una sola frase que pudiera dar idea, aunque fuese vaga, de su malestar.

Poco á poco el cansancio se apoderó de Emilia, que al fin cedió al dolor. Sus grandes y hermosos ojos se fueron cerrando gradualmente, el llanto cesó, y sólo de vez en cuando un suspiro prolongado hacía entreabrir aquella boca, en cuyos labios los besos jugueteaban; después le vino un sueño al parecer tranquilo. En esas condiciones permaneció por algún tiempo. Reparadas las fuerzas, se despertó; al abrir sus lindos ojos se encontró con que sus amigas no la habían abandonado, todas estaban ahí para atenderla, para prodigarle sus cuidados y sus atenciones.

Al pronto ninguna quería hablarle á Emilia, pues temían que volviera á repetirle el acceso de llanto; pero pasados algunos minutos, una de sus amigas, la dijo:

Emilia, querida amiga, qué te pasa, por qué sufres tanto y nos has hecho sufrir con tu silencio; explícanos la causa de tus penas y está segura que procuraremos remediarlas si es que tengan remedio, ó proporcionarte algún consuelo, siempre que ello nos sea posible.

La enferma permaneció por un rato muda: únicamente en sus miradas se advertía que en su interior el senti-

miento aún hacía estragos; así continuó por pocas horas, hasta que haciendo un esfuerzo supremo é incorporándose en el lecho, respondió: mis adoradas amigas, ¡cuánto he sufrido! ¡cuánto sufro en estos momentos! La causa voy á explicársela: hace más de tres años que amo á un joven, quien me había ofrecido llevarme al altar, hacerme su esposa, la dueña de sus pensamientos, la compañera inseparable de su vida; y esas promesas, que llegué á creer que podrían convertirse en realidad, acaban de desaparecer por completo: ¡qué ingratos son los hombres! ¡qué poco estiman algunos su palabra! ¡qué mal se conducen con nosotras! ¡cómo hieren y amargan nuestra vida! Pues bien, el joven de que hablo me ha dado calabazas, se ha burlado de mí, ha faltado á sus compromisos, y á pretexto de realizar un viaje se ha alejado de mi vista, yendo á casarse á la vecina ciudad; he ahí el motivo de mi dolor, el por qué de mi angustia, la causa de mi llanto.

Pero habiendo comprendido lo poco que vale ese caballero, que así dejó burladas mis esperanzas, las confieso que de hoy más no volveré á creerme de ningún otro, porque este chasco me hace suponer que todos los hombres son cortados por el mismo molde; teniendo por compañero al engaño y por satisfacción desgarrar el alma en donde sólo la pureza ha tenido un altar para su culto, y en donde aquel amor había hecho crecer nobles esperanzas, que han desaparecido al golpe de los desengaños.

¡Oh qué triste es vivir en el error! ¡Cómo es necesario conocer á tiempo al que con falsedades nos pinta la felicidad para después alejarnos de ella!

¿Por qué, por qué creí?

## Variedades.

### UN GACETILLERO ORIGINAL.

Cierto periodista, de cuyo nombre no queremos acordarnos, tenía empleado en su imprenta á un joven á quien estaba encomendada la sección de *Gacetilla*, y que, poco acostumbrado á esta clase de tareas, no las desempeñaba muy á gusto del redactor en jefe, pues su estilo demasiado pulido y limado no se avenía muy bien con la ligereza, soltura y cierto abandono que caracteriza á esa parte del periódico. Dícele un día el redactor al novel gacetillero: no se pule vd. tanto en los párrafos, nada de amaneramiento, ligereza, amigo, facilidad, eso es lo que vd. necesita, para lo cual voy á darle un consejo: con la primera palabra que se le ocurra, encabece vd. su párrafo, y luego deje correr la pluma libremente.

El otro manifestó que así lo haría en lo sucesivo, y efectivamente, en el número siguiente del periódico, salieron algunos párrafos de esta figura:

MUCHO.

Nos alegramos de que haya llegado á esta ciudad nuestro querido y apreciable amigo Don X. J. á quien le damos la más cordial bienvenida.

ANGEL.

Voló uno al cielo perteneciente al Sr. H. G. Le enviamos nuestras sinceras demostraciones de condolencia.

Cuando el redactor leyó estos párrafos, llamó aparte al joven y le dijo: amiguito, yo le aconsejé á vd. que fuera ligero, pero no tanto. Su ligereza debe emplearla en marcharse de aquí á escribir á otra parte párrafos de gacetilla.

Ese mismo gacetillero de que hablamos en el párrafo anterior, viendo que

Dios no lo llamaba por el camino del periodismo, se dedicó al oficio de poeta y dió á luz en cierta publicación, que era la guarida de todos los malos versificadores, algo que él bautizó con el nombre de estrofas y que decían así:

Famélica mujer, oye mi acento,  
Oye las cuerdas de la lira mía  
Y llegue á tí la queja del tormento  
Que me está devorando noche y día  
Como á las flores el callado viento.

Yo contemplé tus formas celestiales  
Y tus azules y odorantes ojos,  
Y ví tus labios pálidos y rojos  
Y tus trenzas de perlas y corales  
Causándome en el alma mil enojos.

Estos versos, que como ustedes verán, no tienen por donde cogerse, fueron rudamente criticados por un periódico joco-serio, y desde entonces nuestro joven abandonando la pluma y la lira, ha tenido el buen juicio de dedicarse á trabajos más en consonancia con sus aptitudes.

\*\*

En un corrillo.

Hablábase entre varios discípulos de Apolo acerca de los más grandes poetas contemporáneos. Uno decía que sobrepujaba á todos, por la elevación de sus ideas y por la exquisita corrección en la forma Núñez de Arce, el inmortal autor de la última lamentación de Lord Byron; otro era apasionado admirador de *Las Doloras*, y un tercero, dijo: en mi opinión no hay quien iguale á Zorrilla en el lujo y magnificencia de estilo y en la cadencia musical de sus admirables versos.

Con efecto, dice un individuo que se encontraba también en la reunión: Zorrilla, ¡ah! Zorrilla, y díganme ustedes, ¿esa señora era española?

\*\*

Desengáñese usted, Sr. Don Pedro, desengáñese usted, por más impío que el hombre haya sido en su vida, siempre resulta que á la hora de la muerte reconoce todos sus errores, se retracta de ellos, y se confiesa.

—No estoy conforme absolutamente, amigo D. Antonio, con usted en esto; ó si nó dígame, cómo murió Voltaire?

—Voltaire, amigo mío, recibió en su última hora el más espantoso castigo que puede enviar la Providencia á un impío, Voltaire . . . horrorícese usted . . . ¡murió inconieso!

## CUADROS REALISTAS.

### EL DESERTOR.

I.

La tormenta había cesado.

Allá hacia el Oeste, veíanse aún agigantados nimbus que corrían en tropel, como escuadrón de negros fantasmas impelidos por el viento de la noche.

La luna, antes velada, iluminaba la espléndida llanura con una vaga claridad, haciendo resaltar sobre el fondo semi-oscuro de la selva vecina las blancas y húmedas tiendas del silencioso campamento.

La lluvia había apagado las últimas fogatas y, poco antes, el toque de reglamento ordenaba "silencio," sólo interrumpido, á intervalos, por el "¡alerta!" de los centinelas y los ecos lejanos de la tempestad.

\*\*

Recatándose entre la sombra de los pequeños matorrales avanzan dos jóvenes soldados con ánimo, sin duda, de abandonar los puestos de exploración é internarse cuanto antes en la selva.

Callan, pero en sus rostros pálidos y macilentos puede notarse cuanto han

**ENFERMEDADES DE LA SANGRE.**

Cuando la sangre está alterada y el sistema se vuelve Anémico ó Escrofuloso, lleva la enfermedad por todo el cuerpo, pues la corriente de la vida humana consiste en la sangre. Este prueba la necesidad de una sangre pura y rica, porque si adquiere una condición empobrecida, resultan Fiebres, Paludismo, Reumas, Enfermedades Intestinales, Escrófula Pulmonar ó Tisis y debilidad general. La

**PREPARACION DE WAMPOLE,**

sin sabor, de Aceite de Hígado de Bacalao, con Jarabe de Hipofosfitos compuesto, Malta y Cerezo Silvestre, resiste los ataques de los gérmenes de enfermedad en la sangre, estimula en ella la acción saludable, fortifica el ánimo y el cuerpo, y es altamente recomendada por los Médicos, como el mejor tratamiento moderno para recuperar la salud robusta y las fuerzas que se han debilitado por alguna enfermedad consumidora. En verdad constituye un botiquín de familia. De venta en las Farmacias.

sufrido en la ruda y larga campaña que nuestras tropas de línea sostienen contra los salvajes de la frontera del Norte.

Apenas si tienen fuerza para empuñar el arma que oprimen con ansia febril queriendo, quizá, vender cara su vida si perseguidores ó enemigos obstruyen su camino.

\* \*

Han llegado ya al lindero del bosque. Exhaustos de sed y de fatiga reposan un momento, al cabo del cual, uno de ellos con ánimo resuelto se levanta y dirigiéndose al más joven que medita abismado en tristes reflexiones:

—Camarada—le dice—es temerario nuestro arrojo y no vendría muy tarde la expiación. Dispénsame pero . . . regreso al campamento.

—¿Estás loco? ¿no piensas en el riesgo que corres si te ven en la avanzada? y además, ¿es así como cumples tu palabra?

Y sintiendo que la rábia le ciega y la sangre le sube en oleadas á la frente:

—Vé—le dice—regresa si lo quieres. Yo, prosigo mi camino; tengo una anciana madre moribunda, unos hermanos pequeños que perecen de hambre . . . de hambre ¿lo oyes? mi esposa está ciega y la han expulsado del campamento de Torin porque . . . venía á pedirme pan para mis hijos y yo . . . ¡no lo tengo! . . .

Y rápido, inundados los ojos por raudales de llanto, llanto de impotencia y desesperación, corrió desatentado, loco, sin escuchar los adioses de su amigo.

Doblaba ya la última colina cuando á sus oídos llegó el rumor sordo y confuso de una detonación . . .

—¡Pobre Pedro!—murmuró—le han sorprendido al volver á la avanzada!

**II.**

Más allá de Potam, en la falda de una montaña y perdida entre los cactus y los fragantes limoneros, se esconden una pequeña y graciosa aldea á la cual, los naturales del país le llaman: "El aduar de San Mateo."

Aquel grupo de blancas chozas, para el que lo contemple desde la llanura, debe asemejarse á esos fértiles oasis que las caravanas del Sahara admiran con éxtasis, burlados, quizá, por engañoso espejismo.

\* \*

Declinaba la tarde.

Algunos finos stratus esparcidos en el firmamento teñíanse de color violeta anunciando una magnífica puesta de sol.

Un joven militar deteníase al llegar á las primeras cosas del pueblo.

Sudoroso, jadeante, apenas tuvo energía para tocar con los nudillos de las manos en una casa de miserable apariencia.

Una anciana salió a abrirle.

Sin dar tiempo para reponerse de su asombro:

—Señora Rita—balbuceó—¿no es verdad que mi madre vive todavía? mi esposa . . . mis hijos . . . ¿verdad?

—¡Pobre Andrés! tu madre ayer fué conducida al cementerio . . . tu esposa . . .

—No quiero saber más.

Delirante, la mirada extraviada, poseído por el vértigo, así atravesó las dos calles del pueblo, y al detenerse en el umbral de su hogar, fijó sus ojos cristalizados en el cuadro terrible que tenía delante.

Sentada en el quicio desvencijado, una infeliz ciega, joven todavía, sostenía en su regazo dos pequeñas criaturas, cadáveres ya, y á quienes arrullaba como si estuviesen en la luna!

¡La infeliz estaba loca!

\* \*

Hay seres sobre los cuales pesa la maldición de Dios y el estigma de la sociedad.

¿Queréis conocer su existencia infortunada?

¿Deseáis conocer su falta?

¿Sabeis cuál es su crimen?

Su existencia es un calvario; su falta: el haber nacido pobres; su pasado: la miseria; su porvenir: el cadalso; su historia: la desgracia y la orfandad!

Para el rico, para el magnate, que reviste sus acciones de oropel y blinda en acero su pecho gangrenado, para ese . . . la gloria, la fortuna, el homenaje; para el paria, para el mendigo, para el proletario, para ese . . . el desprecio, la saliva, la deshonra!

¡Ah . . . sociedad maldita! ¡tú eres su verdugo! . . . ¡¡miserable!!

**III.**

Han trascurrido pocos meses.

El tráfuga infeliz que abandonó su puesto para socorrer á sus hijos es aprehendido por un destacamento que recorría las cercanías de la comarca.

Conducido ante la autoridad militar que debe juzgarle, harapiento, casi desnudo, azotado por sus conductores se presenta tranquilo ante sus jueces.

—¿Por qué desertaste? ¿no sabías que al cometer ese crimen te hacías reo de un gran delito que se castiga con la muerte?

—Señor contesta el desgraciado—mi madre estaba enferma; mi esposa, ciega . . . mis hijos . . . ¡sin pan! . . .

—¡Calla imbécil! ¿que le importa al tribunal tu mujer y tus hijos?

—Señor . . . no fuí culpable. . . .

—¡Basta! . . . . .

La luz del alba asoma tras los picachos de las elevadas montañas.

Palidecen las estrellas, eclipsadas por las rosáceas tintas de la cercana aurora.

Los ganados abandonan sus apriscos; la naturaleza se viste de gala y se oye ascender en los arbustos la savia fecundante.

En la vetusta parroquia, la campana con sus tañidos metálicos invita á los fieles para adorar al Justo . . . . .

Y en tanto, allá, en la entrada del bosque, junto al derruido muro, rodeado de vida, de aire, de juventud, de sol, el infeliz soldado cae acribillado por las balas y maldiciendo á sus verdugos!

SALVADOR FEDERICO RESENDI.

**EL DR. NANSEN.**

Hace mucho tiempo se viene hablando de la expedición á las regiones árticas hecha por el famoso Dr. noruego Nansen. Afirmase que pudo llegar hasta el Polo; dícese que el atrevido explorador encontró allí tierra firme y una temperatura de dos grados bajo cero. Los periódicos de Londres, de San Petersburgo y Christiania dan minuciosos detalles acerca de este viaje sin precedente en los anales de la navegación. Nansen salió de la capital de Noruega en el año de 1893 al frente de una expedición compuesta casi en su totalidad de Noruegos; su buque "Adelante" estaba construido de tal manera que al ser cogido entre dos masas de hielo era empujado hacia arriba en vez de ser aplastado.

Respecto al plan del célebre Doctor, hélo aquí con sus propias palabras:

"En cuanto me encuentre en la desembocadura del río Lena abandonaré la costa y partiré en dirección Norte, siguiendo el contorno Occidental de la Isla de Kotelnar la más occidental del grupo de Liakoff ó Nueva Siberia. Continuaré en esta dirección hasta que el hielo haga imposible toda navegación. Haremos todo cuanto esté á nuestro alcance para ganar terreno, metiendo el buque lo más dentro que se pueda hacia el Norte, empleando para ello el espolón y las sierras. Pero llegará un momento en que no podremos avanzar más y entonces dejaré tranquilamente que los hielos cojan prisionero "Al Fram."

"En vez de luchar con la naturaleza, como lo han hecho casi todos los exploradores, me serviré de ella. Cuando los hielos aprisionen mi buque me hallaré probablemente en un sitio, donde según todos los indicios hay una corriente que debe pasar por el Polo, ó muy cerca de él. Toda mi habilidad consistirá en no hacer esfuerzos inútiles, y en no abandonar mi buque mientras esté entero. Confío en que las corrientes de que hablo me llevarán á los hielos, al buque y á mí á través de la región polar para dejarnos luego en el mar de la Groenlandia Oriental, entre Spitzberg y Groenlandia. Durante este viaje hecho con la sólo ayuda de las corrientes, habremos llegado al Polo y pasado por él."

La prensa discute acaloradamente acerca de esta famosa expedición y en caso de ser cierto que Nansen tuviera la gloria de conquistar el Polo, que tantos sacrificios ha costado, habrá dejado el célebre Noruego muy atrás al atrevido explorador Hatteras, que si mal no recordamos fué el que llevó más lejos sus expediciones á las regiones árticas.

**La Estación del Ferrocarril.**

**Impresiones.**

**La banda del 4º Regimiento.**

Hay momentos en que como por sorpresa se suspende el espíritu ante un placer á la vista insignificante, pero que encierra todo un poema de sentimiento, si ante él se detiene un corazón consumido por los accidentes de una vida precaria, cuando éste es susceptible de poseerlo.

Nosotros experimentamos por un momento esa pequeña satisfacción en medio de nuestra cotidiana amargura, como la gota de un bálsamo vertida sobre un mal que para su curación necesita consuelos que tal vez no le es dado ya alcanzar en la tierra, pero que cuya

gota sin embargo admite como la corta caricia de una esperanza lejana.

Esto pasó con nosotros el viernes último en la tarde en la Estación, con la banda de música del 4º Regimiento que actualmente guarnece esta ciudad.

Aún ignoramos por qué fué á tocar allí la magnífica orquesta á la llegada del tren, ni tampoco lo averiguamos ni queremos averiguarlo, puesto que no nos guió á ese pintoresco lugar otro objeto que el de dar un corto paseo como solemos hacerlo.

El contraste que forma la grandiosa montaña en cuya extensa falda se agita constantemente la vida del movimiento civilizador de nuestra vía férrea, y las armoniosas notas de una música bien dirigida, son más que suficientes para apartar por un instante de la prosa del mundo á ciertas existencias, y remontarlas á un ideal sublime en que se goza hasta la fruición, moralmente hablando, aun en la mayor de las desgracias.

Pero dejemos á la naturaleza representada por cierta extensión de terreno, en donde el crestón más eminente de la Sierra parece un muro continela que guarda con un celo de ciruco el recreo de los buenos victorences, y vamos al arte, cuyos profesores son tan inestables en nuestro planeta, como inmóvil el lugar de nuestra privilegiada estación de ferrocarril: nosotros simpatizamos con el señor Director de la música ya mencionada y el cuerpo de filarmónicos que la componen. ¿Y cómo no, si con la simple ejecución de una pieza musical nos ha traído recuerdos del pasado, nos ha hecho sentir en el presente y hasta ha revivido un tanto nuestras ya casi muertas ilusiones, terrible presagio del árbol de un porvenir, cuyo tronco carcome sin cesar la injusticia, azota el siroco de la adversidad y vendrá á acabar por matar la estulta indiferencia?

El precioso wals "sobre las olas" ha caído en desuso, porque ese ha sido el capricho de los exigentes de la moda, pero esta exageración del *esport* nada ha podido contra su belleza. Esa pieza, parto del hábil y simpático compositor Juventino Rosas, se ha retirado modesta y digna en forma de hermosa dama al templo infinitamente lejano de la inmortalidad, donde tiene su asiento respectivo, y hasta allá va en romería aun el buen gusto de un sin número de adeptos y enamorados, á depositar palmas y coronas de rosas á sus pies. ¿Puede marchitarse en pocos años la suprema hermosura? Puede caducar la cualidad? Vos, señor Director, habeis tenido la feliz idea de hacer una reminiscencia en pro del maestro Rosastocando esa tarde ese siempre agraciado wals, sin saber quizá que estabais levantando en la constelación del sentimiento y la filosofía una verdadera revolución.

Afortunadamente nos agradan esa clase de trastornadores del orden público, por lo que á vos y á vuestros compañeros os felicitamos, no con la alegría del entusiasmo, sino con el sentimiento del que al oír las armoniosas notas que sabeis imprimir en vuestra bien organizada banda, conmovisteis al extremo de que pugnasen por brotar las lágrimas á sus ojos!

Señor López, venga esa mano, nó, venga un abrazo.

PONCIANO B. FERNÁNDEZ.

**GACETILLA.**

**Necrología.**

En la semana pasada dejó de existir en esta ciudad la estimable señora María Apolinar S. de García, dejando inconconsolables á sus hijos y á su esposo.

Lamentamos la pérdida de la Sra. de García, enviando á su afligido esposo y á sus cariñosos hijos nuestro sincero pésame y asociándonos al dolor que sufren por la eterna separación de un ser tan querido.